

con los bastones. El viernes último *menearon* á mi señora.

GONZALO. Es muy de sentir; pero no es de eso de lo que aquí se trata, señor Lobo.

GRACIA. ¿Por qué motivo se desistió de representar *El ángel de la guarda*, quiere usted decirme?

LOBO. Se la tildó de antirreligiosa. Como sale un curita joven que torea en una becerrada...

GRACIA. ¿Y *Las niñas del día*, esa comedia tan agradable?

LOBO. ¡Arrea, manco! Dicen de ella que es verde. Y es una obra que pueden ver los ciegos. Á su solo anuncio me escribió una carta cierta señora que se las tira de muy *finolis*—y cuidado que yo sé de ella más de cuatro cositas fuertes—advirtiéndome que si no la retiraba del cartel saldría de Guadalema excomulgado.

GRACIA. ¡Qué ridiculez!

DON FAUSTINO. ¿Quién es ella, puede saberse?

LOBO. Perdone usted, señor...

DON FAUSTINO. Con toda libertad: si no ha de salir de nosotros...

LOBO. Pues es una dama... Bajando de repente la voz y con gran misterio. que hace tiempo vendía bacalao, y ahora arrastra coche.

DON FAUSTINO. Á Gonzalo. ¡Ah, sí! Su tía de usted.

LOBO. Poniéndose de pie y con el corazón en la boca. ¿Cómo?

GONZALO. Riéndose. No, señor; no es mi tía. Se refiere á doña Blasa Rute, don Faustino.

LOBO. Como después de representar seis actos de tragedia. Sí; á doña Blasa me refiero.

DON FAUSTINO. Perdone usted. Me he tras-cordado yo.

GRACIA. Papá, qué cosas tienes. Siéntese usted, señor de Lobo.

LOBO. Gracias...

GRACIA. Siéntese usted.

LOBO. Muchas gracias... si estoy mejor sentido...

DON FAUSTINO. Razón de más.

GRACIA. Pues mire usted, se me ocurre una cosa: puesto que tan bien conoce usted el espíritu de la sociedad de Guadalema...

LOBO. Es favor.

GRACIA. Nadie más indicado que usted para elegir la obra que haya de representarse esa noche. Si acierta con el gusto de todos, mejor para todos; si tiene la desgracia de no acertar, peor para los que no vayan al teatro. Como usted comprende, aquí no se trata de mendigar una limosna, sino simplemente de estimular la caridad.

LOBO. Señorita... yo agradezco ese honor con toda mi alma... Procuraré corresponder á él... cosa que no es tan fácil, porque las señoras de Guadalema no se asustan de nada en el barraconcito por secciones, y se asustan de todo en el Principal. Pero, en fin, cada uno tiene su alma en su *armario*. Después de todo yo no debía meterme... Me debo al abono... me debo á la masa... me debo á los críticos... me debo al gobernador... me debo al alcalde... me debo al clero...



DON FAUSTINO. ¡Basta, basta; que me abrumba esa falta de independenciam!

LOBO. Levantándose. Bien; ya me marcho.

DON FAUSTINO. No es eso.

LOBO. Comprendido. Posdata. El señor don José Ramón... Castañuelas otra vez. Don José Ramón...

GRACIA. Carrasco.

LOBO. Carrasco. Me encargó manifestar á ustedes que hay devuelta mucha localidad; que á quien se le manda palco pide butacas, y *vice*. Además, parece que el impresor ha tirado ya dos programas *de gratis*, y dice el hombre que no tira ninguno más mientras no se le jure que no ha de variarse el espectáculo. Tiene razón de sobra, ¿eh? esto es aparte. Yo también me debo al impresor. Y si ustedes no me mandan nada...

DON FAUSTINO. Mil gracias: usted es quien ha de mandar, señor de... Imita á Lobo tocando las castañuelas con los dedos, como si se hubiera olvidado del apellido ó como si quisiera ver si el propio Lobo recuerda el suyo.

LOBO. Lobo.

DON FAUSTINO. Lobo. Y no tenía otra cosa en la cabeza. Yo me complazco sobremanera en haberle conocido personalmente. Esta es su casa, y estas que estrecha usted unas manos que nunca se cansarán de aplaudirlo.

Toca un timbre, y á poco aparece JULIA por la puerta de la derecha.

LOBO. Reconocidísimo, señor. Señorita...

GRACIA. Adiós.

LOBO. Señor don Gonzalo, beso á usted la suya.

GONZALO. Adiós, amigo.

DON FAUSTINO. Á Julia. Acompaña á este caballero. Fijándose en Lobo, que busca algo con la vista junto á la puerta. ¿Qué busca usted?

LOBO. Volviendo en sí. ¡Ah, caramba! Buscaba *le chapeau* y lo tengo en la mano. Como en las comedias lo dejamos siempre en una silla que hay para eso en la puerta del foro... Servidor. Á BERRUGUETE, que llega cuando él va á marcharse. Usted.

BERRUGUETE. Dentro. Usted.

LOBO. Usted.

BERRUGUETE. Saliendo. Gracias.

LOBO. Buenas noches.

Se saludan doblando el cuerpo con mucha seriedad y se va Lobo para siempre. Gracia y su padre sueltan la carcajada.

BERRUGUETE. Buenos días.

DON FAUSTINO. ¡Es ideal este señor de Lobo!

GRACIA. ¡Qué elegante y qué suelto! ¿eh?

DON FAUSTINO. ¡Y qué memoria para los apellidos!

GONZALO. Nervioso é irritado. ¿Pero tienen ustedes humor de bromas todavía?

BERRUGUETE. Viendo que nadie le hace caso. ¿Se puede hablar?

GONZALO. ¡Si ha de ser de las fiestas, no!

GRACIA. ¿Hay algo, Berruguete?

BERRUGUETE. ¿Que si hay? Indignadísimo. ¡Hay para irse, no ya de Guadalema, sino del globo! Oigan ustedes; oye tú. Por supuesto, á estas fechas me he pegado con dos: uno en el café y otro en el Casino. Y á la salida me aguarda el tercero.

GONZALO. ¡Acaba!

BERRUGUETE. Gordas y frescas. Vengo del



teatro. Primero: hay devuelto un carro de localidades. Los que han recibido palcos quieren butacas, los que butacas palcos...

GONZALO. ¡Eso ya lo sabemos de memorial!

DON FAUSTINO. Nos lo ha contado Talma.

BERRUGUETE. ¿Talma? ¿Talma? No conozco á Talma. Segundo. También es muy gracioso, y esto no lo saben ustedes. El impresor, como ya ha tirado dos prospectos...

DON FAUSTINO. Dejadlo que siga y que termine.

GONZALO. No, señor; que no siga. Lo sabemos también.

BERRUGUETE. Ah, ¿lo saben ustedes? Bueno, pues, tercero. Va á romper á hablar y se para. ¿Lo saben ustedes?

DON FAUSTINO. Hasta ahora, no.

BERRUGUETE. Don Claudio ha recibido un anónimo.

GRACIA. ¿Un anónimo?

DON FAUSTINO. ¿Quién es don Claudio?

BERRUGUETE. Pérez Villamil. El que daba el solar para el edificio. Es el único rasgo de desprendimiento que ha tenido desde que nació. Y cuenta que daba el solar porque no iba á servirle para nada. Pero, amigo, llega el anónimo—el anónimo lo han visto éstos,—se le dice que una compañía inglesa trata de comprárselo para montar allí no sé qué diantres, y el hombre, como es tan cicatero, en la duda, se abstiene. ¡Y no hay solar! Ya creo que empieza con que si fué, que si vino, que si patatín, que si patatán, que si esto, que si lo otro.

GRACIA. ¿Les parece á ustedes? Pero ¿de qué cabeza habrá salido esa picardía?

GONZALO. ¡Esa infamia!

BERRUGUETE. Infamia: tú le has dado el nombre. Conociendo á don Claudio...

GRACIA. Será preciso convencerle...

GONZALO. ¡De nada! El que quiera estar á nuestro lado, que venga solo. ¡Á nadie debemos obligar!

DON FAUSTINO. Opino enteramente como usted.

GONZALO. ¡Me repugna quien da la limosna renegando del pobre que la pide!

BERRUGUETE. ¡Medrados quedamos!

Llega MANOLITA repentinamente por el jardín, sofocada y nerviosa.

MANOLITA. Aquí estoy yo otra vez. La comisión en masa. Me alegro.

GRACIA. Sólo faltabas tú, hija mía.

MANOLITA. Bueno, pues si le pego á alguno que me dispense, porque traigo los nervios de punta.

GONZALO. ¿Sí? Hasta luego. ¡Yo no puedo más!

MANOLITA. No, no, no, no, Gonzalo: á usted lo necesito. Inquieta y hecha un torbellino, se levanta y se sienta según le conviene. ¡La que hay armada, Virgen mía! Si en lugar de un Asilo se le ocurre á usted levantar un reñidero de gallos ó una plaza de toros, nos hubiéramos evitado tanto berrenchín. Por supuesto, que aquí hay alguien que mete cizaña. No me cabe duda. Sí, porque en un principio todo el mundo estaba conforme, todo el mundo encantado, Gonzalo por aquí, Gonzalo por allá, que si la cari-



dad, que si la desgracia, que si la miseria, que si el abandono... y ahora todas son dificultades y re-trainamientos y caras largas... Con que áteme usted ese mosquito por los bigotes.

DON FAUSTINO. ¿Vió usted á Lolita y á su madre?

MANOLITA. Á Lolita, no: á su madre, sí. «La niña estaba con anginas.» Á ver si le cambia la voz. *Doña Deficiencia* salió á recibirme con un *matiné* cerveza clara y una falda gaseosa de limón, que yo dije: «¡Ay, qué ponche! ¡qué ponche! Me bebo á esta señora.» Pues, bueno, hubo que oirla: «Manolita, por Dios; usted me pide un *imposible*. ¿Cómo voy yo á consentir que mi hija quede para plato de segunda mesa?» «Pero, señora, ¿qué plató, ni qué mesa, ni qué...?» «Ah, sí, sí; sé que se ha contado primero que con Lola con la señorita de Latorre.» Esto con mucho retintín, ¿sabes? porque, hija de mi alma, la niña y la mamá te tienen una envidia atroz. Yo no sé por qué. Digo, sí lo sé; pero, bueno... Salgo de allí como una pólvora, y al subirme en la berlina, ¡zas! Pepito Cueto, á caballo y con impermeable. Te prevengo que no hay una nube. Lo sacaré para que no se le pique. Me puso la cabeza así. «Usted comprenderá que si mi novia no preside yo ni mato el becerro ni corro cintas... Usted comprenderá que á mí el Asilo me tiene sin cuidado... Usted comprenderá...» Yo no comprendí nada: me metí en el coche de repente, y le dije á Ramón: «¡Atropéllalo!» Y si no se le asusta la jaca lo coge por la nuez, que es lo más saliente que tiene. ¡Hala! De

allí á casa de Juste. La señora no estaba. Lo sentí, porque llevaba hipo. Me recibió el esposo. No lo puedo aguantar: las personas que me hablan sin mirarme me sacan de quicio. «Yo siento en el alma que se haya usted molestado... pero estoy resuelto á no contribuir... Se ha impreso un programa de las fiestas... se han dado nombres propios... y han puesto á mi señora debajo de la de Orejón... y mi señora no puede estar debajo de la de Orejón...» Y á todo esto con los ojos en el techo y en las paredes. Me dieron unas ganas de cogerle la cabeza y decirle: *Haciéndolo con Berruguete*. «¡Hombre, mireme usted! ¡míreme usted!» Ay, usted perdone, Evaristo.

BERRUGUETE. No hay de qué, señora.

MANOLITA. Por si no tenía bastante con el yerno salió á la plaza la suegra: la andaluza. Mammarracho igual no conozco. Está más calva cada día. Ya no le quedan más que cuatro pelos muy tirantes y una maraña arriba que parece un nido. En seguida se fué de la lengua: «Mala cauza defiende usté, Manolita: en ezo del Azilo eze, ni hay formalía, ni hay ganas de complacé á las familias, ni ze zaben hacé las cozas con finura. ¡Ay, mi Chipiona de mi arma!» Y por ahí adelante empezó la buena señora á despotricar, y me dijo algunas cosas tan inconvenientes y de tan mal gusto, que si no llego á mirar que estaba en su casa le arranco el nido de un tirón.

GONZALO. Fuera de sí. ¿Qué dijo?

MANOLITA. Lo que á usted no le importa: ya le contesté yo cuatro frescas.



GRACIA. ¡Gente más ruin!

MANOLITA. Bueno, pues en casa de Rubio, tres cuartos de lo propio; y Polita Velasco se larga el viernes á Madrid y escurre la persona; y acabo de descararme con Adolfo Tello, que me soltó una grosería creyéndose que hablaba con su mujer... Y qué sé yo, qué sé yo, porque todo se vuelven chismes, y disgustos, y enredos, y excusas, y embustes, y piques, y enfados, y hágame usted el favor, y no me da la gana... ¡Un horror, hija mía! ¡Media Guadalema, si no toda, que se nos pone enfrente, como si quisiéramos prender fuego á la iglesia ó volar la plaza de toros!

GONZALO. ¡Basta ya! ¡basta ya, Manolita! Le suplico á usted que se calle.

GRACIA. ¡Por Dios, Gonzalo!

DON FAUSTINO. ¿Á qué viene exaltarse de esa manera?

GONZALO. Dispensen ustedes: no sé reprimir mis arrebatos. Cuando oigo ciertas cosas me dan ganas de hacer un hoyo en la tierra, meterme en él y no volver á salir en la vida.

BERRUGUETE. ¡Como que te iba yo á dejar!

DON FAUSTINO. Usted creyó que todo marcharía lo mismo que una seda, y se encuentra con una sogá burda y áspera que destroza las manos.

GONZALO. Yo lo que digo es que seda ó sogá ó diablos encendidos—vuelgo á rogar que me perdonen—se acabó todo ya.

GRACIA. No, Gonzalo.

GONZALO. Sí, Gracia.

GRACIA. ¡Qué poco vale usted!

GONZALO. Muy poco, es cierto. Por encima de esas miserias con que quieren ahogar una buena obra, debiera yo poner la alegría de los pobres en cuyo beneficio quise hacerla. ¡Infelices, que acortan su vida por nosotros! Pero no sé, no puedo; no respondo de mí si sigue esta lucha. Pretendí que el esfuerzo de todos realizara lo que estimo un bien para los pobres, y en lugar del auxilio generoso, encuentro la vanidad más hueca, la envidia más baja, la frivolidad más desesperante... y las suposiciones que más pueden herirme.

DON FAUSTINO. Está usted excitadísimo, Gonzalo. Cambiemos la tocata.

GRACIA. Sí, sí.

GONZALO. No; á costa de este sueño mío, que me ha hecho llorar creyéndolo cercano, no quiero yo que nadie se luzca. No nació en mí para ser estímulo de la vanidad de los necios. Quien se quiere lucir á la vista de todos, que alce en la Plaza una cucañá y que trepe hasta arriba lleno de cintajos de colores.

MANOLITA. Algo daría yo por ver subir á la suegra de Juste.

*Berruguete y don Faustino se ríen. Gracia se aparta y se abstrae.*

DON FAUSTINO. Ha estado usted muy oportuna, Manolita. Gonzalo, venga usted conmigo. Yo me llevo á este loco á darle cuatro palos en mi sala de armas para volverlo á la realidad. Ya que hoy ha recibido algunos por dentro, que los reciba también por fuera. Ande usted.

GONZALO. Vamos donde usted guste.

BERRUGUETE. ¡Corcho!